

Presentación

 Giovanni Caprara
Universidad de Málaga

Mientras nos disponemos a la lectura de este monográfico, en el mundo hay 59 conflictos: 59 guerras, la mayoría de ellas armadas, 59 situaciones de emergencia que raras veces consiguen captar la atención de la opinión pública. La nuestra. Mientras estoy escribiendo estas líneas, millones de personas, adultos y niños, hombres y mujeres, sufren las consecuencias de alguna crisis humanitaria, ya sea a causa de un fenómeno natural, por derivación de una actividad humana o porque huyen de su tierra, donde hambre y carestías ponen al límite sus posibilidades de vida. Millones de personas viven en algún conflicto en las peores condiciones, otras mueren por culpa de ello. En estas circunstancias, es importante conocer de primera mano la causa que ha producido la crisis, lo que permite intervenir rápidamente y evitar el mayor número de daños posibles. El intercambio de informaciones facilita a los equipos de emergencia, trabajadores humanitarios, fuerzas armadas, miembros de ONG voluntarios o ciudadanos de a pie, aliviar el dolor de quienes padecen todo tipo de adversidades. El contacto entre las partes, urgente y necesario, se transforma en el mejor paliativo, aunque, muchas veces, puede convertirse también en el peor de ellos, en particular para los que ejercen el papel de mediación: los traductores y los intérpretes. A ellos, a su labor y a su valor, dedicamos este número especial de

Entreculturas que ve la luz en un momento crucial para la humanidad.

¿Qué es la guerra? No encuentro las palabras exactas para dar respuesta a mi pregunta. Hay términos transparentes y neutros que sólo parcialmente resuelven mi desconocimiento: «Conflicto abierto y declarado entre dos o más Estados», o en general «entre grupos organizados, étnicos, sociales, religiosos, llevados a cabo con el uso de medios militares». Cicerón definió la guerra como «la afirmación por la fuerza»: la guerra supone un enfrentamiento de poderes, ni justo ni ético. Es guerra la que combate México en contra de los carteles de la droga, es guerra la de Nigeria y de Siria, la de Iraq y de Yemen; es guerra la del Tigray, de Birmania o de Afganistán; es guerra el conflicto entre India y Pakistán, la de Sudán o de la República Democrática de Congo y Mozambique. Es guerra la de Ucrania y la de Israel y Palestina. Y es guerra la que produce represalias en Somalia o en Angola, la que se libra en las tierras del África Subsahariana, por donde cruzan millones de personas obligadas a migrar. Los motivos que pueden desencadenar un enfrentamiento bélico, o una situación de emergencia, varían de conflicto en conflicto, de época en época, de causa en causa. Cuanto más lejos quedan esas guerras, más motivos tienen para perder interés.

PRESENTACIÓN

Entreculturas 15 (2024) pp. 5-7

Es como si la distancia convirtiera la crisis en algo ajeno, transformándolo puntualmente en un asunto que no es nuestro. En cambio, las guerras, sí son asunto nuestro. Todo conflicto y toda crisis humanitaria es consecuencia de nuestros errores: no importa si son de nuestro entorno o si surgen a miles de kilómetros de distancia. La mayor responsabilidad, y a veces también la causa de los enfrentamientos, es la indiferencia: mirar hacia otro lado es convertir esas crisis en algo inexistente, y es admitir el fracaso. Las guerras son siempre lo mismo: generan sentimientos contrapuestos, son victoria y derrota, son paz y odio, son libertad y persecución. Son vida y muerte. Son un motivo religioso, económico o social: las guerras son siempre iguales. Son tierras por las que luchar, son ideales por los que vivir o morir. En resumidas cuentas: las guerras, para algunos necesarias, para otros inútiles, son siempre el derrumbe de la humanidad.

Independientemente de la latitud y de las causas que las provoquen, donde haya guerras surgen crisis humanitarias, o sanitarias, y donde hay crisis surgen necesidades. Es decir: en todo conflicto se producen situaciones de emergencia que con mayor o menor vigor constituyen una amenaza seria para las poblaciones, víctimas inermes. Sobre ellas, sobre los más débiles, recaen las peores consecuencias de la crisis que se desencadena. Para intentar paliar, aunque sea sólo parcialmente, las consecuencias de la lucha en contra de los acontecimientos, se necesitan intervenciones veloces llevadas a cabo por personal preparado, gracias a cuyo valor los organismos internacionales aportan soluciones.

Es en este momento en el que la comunicación asume el importante papel de mediación ayudando a preservar la salud de las partes afectadas, poniendo en marcha los primeros auxilios, asistiendo a los problemas e intentando dar soluciones a las necesidades de los perjudicados. Esto es lo que hacen los especialistas propuestos que, con su buen hacer, dan un sostén material y moral a las víctimas.

Entre ellos, están los traductores e intérpretes, en cuanto mediadores lingüísticos y culturales, como su definición requiere, que se ubican justo al centro de las crisis y de los conflictos. Con su profesionalidad llevan a otros profesionales a abrir el diálogo, a romper barreras, a alejar la desconfianza. Lamentablemente, como es sabido, falta todavía mucho para definir claramente su posición. Mientras tanto, los traductores y los intérpretes que participan en un conflicto son un componente importante para que la interacción ayude al diálogo.

Un intérprete de guerra, al igual que el profesional que interviene en una situación de crisis humanitaria, es un profesional contratado por algún gobierno, organización o fuerza armada o, simplemente, un lugareño que conoce los idiomas de las partes enfrentadas. Independientemente de su procedencia profesional, o de su preparación, la falta de una legislación que defina claramente las actuaciones de quien se propone mediar en un contexto de crisis, no permite que esa persona actúe con conocimiento de causa, al igual que un combatiente o un militar, un enfermero o un médico, y lo expone a riesgos que en muchos casos paga con la vida. El simple hecho de llevar un uniforme expone a muchos traductores e intérpretes al peligro y los convierte en blanco hacia quien apuntar: su actuación, según el bando que escoja, puede ser considerada incluso traición. Los traductores y los intérpretes implicados en alguna operación militar, o de asistencia humanitaria, tampoco gozan de protección jurídica específicamente diseñada para ellos, lo que les exime de poder disfrutar de sus derechos, como los que se aplican a los combatientes, tal y como prevén las normas del Derecho Internacional en materia humanitaria recogidas en el Protocolo Adicional del Convenio de Ginebra, contrariamente a lo que ocurre en otras categorías profesionales. Ya sean traductores, intérpretes, lingüistas o mediadores, no es raro que sufran presiones y, lamentablemente, esta es una situación muy normal en las zonas de crisis. En realidad, la imparcialidad

PRESENTACIÓN

Entreculturas 15 (2024) pp. 5-7

del intérprete y del traductor es puesta en duda cada vez que se demuestra que comparte la misma cultura, o la misma lengua, que los oponentes. Las habilidades de estos profesionales ocupan un segundo lugar respecto a los combatientes y no tiene ningún valor el hecho de compartir una herencia lingüística o cultural, y que sus conocimientos estén al alcance de quien lo necesite. Olvidamos muy a menudo que el encuentro lingüístico y cultural entre las partes opuestas de un conflicto, en el caso de una crisis humanitaria, está garantizado gracias a los intérpretes y a los traductores, personas «invisibles» que la historia olvida, al igual que la sociedad, los gobiernos y los políticos. Invisibles quizás para la misma categoría de traductores e intérpretes profesionales. La apreciación de su labor y el reconocimiento de su profesionalidad pueden servir para su incolumidad y al reconocimiento social de la actividad que desarrollan, con total abnegación y espíritu de sacrificio.

A estas y a otras y demás cuestiones intentan responder las seis contribuciones presentes en este monográfico. Los trabajos de Olga Koreneva Antonova, Sally Ibrahim Mohamed, Hanan Saleh Hussein, Mariana Relinque Barranca, Manuel Barea Muñoz y Clementina Persaud Merino, investigadores de reconocido prestigio, y profesionales de indudable valor, ahondan en cuestiones relacionadas en las problemáticas más candentes de la profesión, sin olvidar la formación y el aprendizaje, o la elaboración de material didáctico para la formación de intérpretes en conflicto.

Agradecemos a estos colaboradores el compromiso adquirido ante nuestro llamamiento y apreciamos mucho el corte de sus contribuciones. Junto con ellos nos comprometemos a dedicar este monográfico a los héroes silenciosos, a esos traductores e intérpretes que con su labor y el sacrificio de su vida dan sentido a la profesión, contribuyen a la paz y al entendimiento entre los pueblos.